

**EN EL
RINCÓN
MÁS OSCURO**
ELIZABETH HAYNES

Título original: *Into the Darkest Corner*

© Elizabeth Haynes, 2011

© De la traducción: 2012, Eva Carballeira

© De esta edición: 2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Primera edición: octubre de 2012

ISBN: 978-84-8365-419-4

Depósito legal: M-24906-2012

Impreso en España

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal).

 **PRISA** EDICIONES

*Para Wendy George y Jackie Moscicki,
mujeres fuertes e inspiradoras*

Miércoles, 11 de mayo de 2005

- SR. MACLEAN ¿Podría decirnos su nombre completo, por favor?
- SR. BRIGHTMAN Lee Anthony Brightman.
- SR. MACLEAN Gracias. Así que usted, Sr. Brightman, tuvo una relación con la Srta. Bailey, ¿cierto?
- SR. BRIGHTMAN Sí.
- SR. MACLEAN ¿Durante cuánto tiempo?
- SR. BRIGHTMAN La conocí a finales de octubre de 2003. Estuvimos juntos hasta finales de abril del año pasado.
- SR. MACLEAN ¿Y cómo se conocieron?
- SR. BRIGHTMAN En el trabajo. Yo estaba trabajando en una misión y la conocí casualmente durante el transcurso de la misma.
- SR. MACLEAN ¿Y empezaron una relación?
- SR. BRIGHTMAN Sí.
- SR. MACLEAN Usted ha dicho que la relación finalizó en abril. ¿Fue una decisión de mutuo acuerdo?
- SR. BRIGHTMAN Hacía tiempo que las cosas no iban bien. Catherine llevaba muy mal que pasara tanto tiempo fuera, trabajando. Estaba convencida de que tenía una aventura.

En el rincón más oscuro

- SR. MACLEAN ¿Y la tenía?
- SR. BRIGHTMAN No. Mi trabajo me obliga a estar fuera de casa varios días seguidos y la naturaleza del mismo no me permite revelar a nadie, ni siquiera a mi novia, dónde estoy o cuándo regresaré.
- SR. MACLEAN ¿El tiempo que pasaba lejos de la Srta. Bailey daba lugar a discusiones entre ambos?
- SR. BRIGHTMAN Sí. Me miraba el móvil para buscar mensajes de otras mujeres, me exigía que le dijera dónde había estado y con quién. Cuando regresaba de una misión, lo único que quería era olvidarme del trabajo y relajarme un poco. Empecé a tener la sensación de que nunca podía hacerlo.
- SR. MACLEAN ¿Entonces fue usted quien rompió la relación?
- SR. BRIGHTMAN No. A veces discutíamos, pero yo la quería. Sabía que tenía problemas emocionales. Cuando la tomaba conmigo, siempre me decía a mí mismo que no era culpa suya.
- SR. MACLEAN ¿A qué se refiere con «problemas emocionales»?
- SR. BRIGHTMAN Bueno, me dijo que había tenido ansiedad. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más salía a la luz. Se iba por ahí a beber con sus amigos o bebía en casa y, cuando

yo llegaba, empezaba a discutir y la tomaba conmigo.

SR. MACLEAN

Me gustaría profundizar más en el tema de los problemas emocionales. Durante el transcurso de su relación, ¿vio algún indicio de que la Srta. Bailey pudiera ser capaz de hacerse daño a sí misma en un momento de estrés emocional?

SR. BRIGHTMAN

No. Sus amigos me habían contado que se autolesionaba.

SR. LEWIS

Protesto, señoría. Al testigo no se le ha pedido la opinión de los amigos de la Srta. Bailey.

MAGISTRADO NOLAN

Sr. Brightman, por favor, cíñase a lo que se le pregunta. Gracias.

SR. MACLEAN

Sr. Brightman, ha dicho que la Srta. Bailey «la tomaba» con usted. ¿Podría explicar qué quiere decir que «la tomaba»?

SR. BRIGHTMAN

Me gritaba, me empujaba, me abofeteaba, me daba patadas... Ese tipo de cosas.

SR. MACLEAN

¿Era violenta con usted?

SR. BRIGHTMAN

Sí. Bueno, sí. Lo era.

SR. MACLEAN

¿Cuántas veces diría usted que sucedió eso?

SR. BRIGHTMAN

No lo sé. No llevaba la cuenta.

SR. MACLEAN

¿Y qué solía hacer en esas ocasiones en que ella «la tomaba» con usted?

En el rincón más oscuro

- SR. BRIGHTMAN Me alejaba de ella. Ya tengo suficiente con aguantar eso en mi trabajo como para seguir con lo mismo cuando llego a casa.
- SR. MACLEAN ¿Y alguna vez se comportó usted con ella de forma violenta?
- SR. BRIGHTMAN Solo la última vez. Me había encerrado en la casa y había escondido la llave en algún sitio. Se volvió loca conmigo. Yo había estado trabajando en una misión particularmente complicada y un resorte saltó dentro de mí. Le devolví el golpe. Era la primera vez en mi vida que le pegaba a una mujer.
- SR. MACLEAN La última vez. ¿De qué fecha está usted hablando, exactamente?
- SR. BRIGHTMAN Fue en mayo. El 23, creo.
- SR. MACLEAN ¿Podría hablarnos de ese día?
- SR. BRIGHTMAN La noche anterior me había quedado a dormir en casa de Catherine. Ese fin de semana estaba de servicio, así que me fui a trabajar antes de que Catherine se despertara. Cuando regresé por la noche, ella se encontraba en casa y había estado bebiendo. Me acusó de haber pasado el día con otra mujer, lo mismo que oía una y otra vez. Lo soporté durante un rato, pero al cabo de un par de horas ya no podía más. Decidí marcharme, pero ella había cerrado la puerta principal con dos vueltas de llave. Me gritaba y me insultaba una y otra vez,

me pegaba con las manos y me arañaba la cara. La empujé hacia atrás, lo justo para alejarla. Pero ella volvió a abalanzarse sobre mí y le pegué.

SR. MACLEAN ¿Cómo le pegó, Sr. Brightman? ¿Fue un puñetazo, una bofetada?

SR. BRIGHTMAN Le pegué con el puño cerrado.

SR. MACLEAN Ya. ¿Y qué sucedió a continuación?

SR. BRIGHTMAN Ella no se detuvo, se limitó a gritar más alto y a volver a lanzarse sobre mí. Así que le volví a pegar. Supongo que, seguramente, más fuerte. Se cayó de espaldas y fui a ver si estaba bien, para ayudarla a levantarse. Creo que debí de pisarle la mano, porque ella se puso a gritar y a chillar y me lanzó una cosa. Era la llave de la puerta principal.

SR. MACLEAN ¿Y qué hizo usted después?

SR. BRIGHTMAN Cogí la llave, abrí la puerta principal y me fui.

SR. MACLEAN ¿A qué hora fue eso?

SR. BRIGHTMAN Debían de ser sobre las siete y cuarto.

SR. MACLEAN Y, cuando la dejó, ¿en qué condiciones se encontraba ella?

SR. BRIGHTMAN Seguía gritando y chillando.

SR. MACLEAN ¿Estaba herida? ¿Sangraba?

En el rincón más oscuro

- SR. BRIGHTMAN Es posible que estuviera sangrando.
- SR. MACLEAN ¿Podría facilitarnos más detalles, Sr. Brightman?
- SR. BRIGHTMAN Tenía un poco de sangre en la cara. No sé de dónde venía. No era mucha.
- SR. MACLEAN ¿Y usted estaba herido?
- SR. BRIGHTMAN Solo tenía algunos rasguños.
- SR. MACLEAN ¿Se planteó que ella podría necesitar atención médica?
- SR. BRIGHTMAN No.
- SR. MACLEAN ¿Aunque, por lo visto, estaba sangrando y chillando?
- SR. BRIGHTMAN No recuerdo que estuviera chillando. Cuando me estaba yendo de casa empezó a gritarme e insultarme. Si necesitaba atención médica, creo que podía haberla pedido por sí misma, sin mi ayuda.
- SR. MACLEAN Ya. Entonces, tras abandonar la casa a las siete y cuarto, ¿volvió a ver a la Srta. Bailey?
- SR. BRIGHTMAN No. No volví a verla.
- SR. MACLEAN ¿Y se puso en contacto con ella por teléfono?
- SR. BRIGHTMAN No.

SR. MACLEAN Sr. Brightman, quiero que se lo piense muy bien antes de responder a la siguiente pregunta. ¿Cómo se siente ahora mismo en relación a los incidentes de ese día?

SR. BRIGHTMAN Lamento profundamente todo lo sucedido. Yo amaba a Catherine. Le había pedido que se casara conmigo. No tenía ni idea de que estaba tan trastornada emocionalmente y Dios sabe que desearía no haber tomado represalias. Ojalá me hubiera esforzado más en intentar calmarla.

SR. MACLEAN Gracias. No hay más preguntas, señorita.

—**Contrainterrogatorio**—

SR. LEWIS Sr. Brightman, ¿habría calificado de seria su relación con la Srta. Bailey?

SR. BRIGHTMAN Así lo creía, sí.

SR. LEWIS ¿Entiende como parte de los términos y condiciones de su trabajo informar a sus empleadores de los cambios que se producen en sus circunstancias personales, lo que incluye mantenerlos informados con detalle sobre sus relaciones?

SR. BRIGHTMAN Sí.

SR. LEWIS Y, aun así, decidió no informar a nadie de su entorno laboral de su relación con la señorita Bailey, ¿no es cierto?

En el rincón más oscuro

- SR. BRIGHTMAN Tenía pensado hacerlo cuando Catherine accediera a casarse conmigo. Habían fijado la revisión de mi expediente para finales de septiembre; así que, en cualquier caso, se lo habría comentado entonces.
- SR. LEWIS Bien. Me gustaría hacer hincapié en la prueba WL/1 —se encuentra en la página catorce del anexo de pruebas—, la declaración del agente de policía Will Lay. El agente Lay lo detuvo el martes 25 de mayo de 2004 en su domicilio. En la presente declaración asegura que, cuando le preguntó por la Srta. Bailey, lo primero que usted dijo fue, cito textualmente: «No sé de quién me habla». ¿Correcto?
- SR. BRIGHTMAN No recuerdo exactamente qué dije.
- SR. LEWIS Se trata de la mujer de la que posteriormente dijo estar enamorado y con la que pretendía casarse. ¿Cierto?
- SR. BRIGHTMAN Los agentes Lay y Newman aparecieron en mi casa a las seis de la mañana. Había trabajado las tres últimas noches y acababa de meterme en la cama. Estaba desorientado.
- SR. LEWIS ¿Cuando más tarde lo interrogaron en la comisaría de Briarstone, declaró también, y vuelvo a citar textualmente, que: «Solo era una persona a la que estaba investigando. Cuando me fui, ella estaba bien. Tenía problemas emocionales, problemas de salud mental»?

SR. BRIGHTMAN *(Inaudible)*.

MAGISTRADO NOLAN Sr. Brightman, ¿podría hablar más alto?

SR. BRIGHTMAN Sí.

SR. LEWIS ¿Y estaba usted llevando a cabo una investigación sobre la Srta. Bailey?

SR. BRIGHTMAN No.

SR. LEWIS No tengo más preguntas.

MAGISTRADO NOLAN Gracias. En ese caso, damas y caballeros, se levanta la sesión para almorzar.

Miércoles, 21 de junio de 2001

En cuanto a días para morir, el día más largo del año era tan bueno como cualquier otro.

Naomi Bennet yacía con los ojos abiertos en el fondo de una zanja, mientras que la sangre que la había mantenido con vida durante aquellos veinticuatro años manaba a borbotones de su cuerpo, derramándose sobre la arena y los escombros que tenía debajo.

Mientras vagaba a la deriva entre la consciencia y la inconsciencia, pensaba en lo irónico que era todo aquello, en la forma en que iba a acabar muriendo justo en aquel momento —después de haber sobrevivido a tantas cosas y cuando creía que la libertad estaba tan cerca— a manos del único hombre que realmente la había amado y había sido cariñoso con ella. Él se cernía sobre ella, de pie en lo alto de la zanja, con el rostro a contraluz mientras el sol brillaba a través de las hojas de color verde vivo y proyectaba sobre él una luz vetada que hacía refulgir sus cabellos como si tuviera una aureola. Estaba esperando.

La sangre le llenó los pulmones y le hizo toser, creando burbujas escarlata que se derramaron en forma de espuma sobre su barbilla.

Él permaneció inmóvil, con una mano sobre la pala, observando cómo brotaba la sangre de su interior y admirando su glorioso color, como de gema líquida, y cómo hasta en el momento de su muerte ella seguía siendo la mujer más hermosa que había visto jamás.

Una vez que el flujo de sangre se ralentizó hasta convertirse en un simple hilillo, él se volvió para echar un vistazo al páramo yermo que se extendía desde la parte de atrás de la nave industrial hasta donde comenzaban los terrenos de cultivo. Nadie pasaba por allí, ni siquiera la gente que paseaba a los perros, dado que el suelo era abrupto y estaba lleno de residuos de productos manufacturados acumulados durante décadas. Las malas hierbas crecían entre bobinas de cable vacías, un fluido marrón goteaba de algunos bidones de gasolina oxidados y al fondo, tras una larga hilera de limeros, la zanja de dos metros que se llenaba de agua sucia cuando llovía y que desembocaba en el río, un kilómetro y medio más allá.

En el rincón más oscuro

Pasaron varios minutos.

Estaba muerta.

Había empezado a levantarse viento y él alzó la vista a través de la cúpula de hojas, hacia las nubes que se perseguían unas a otras por el cielo.

Bajó con cuidado por la escabrosa pendiente hasta el fondo de la zanja usando la pala para apoyarse, antes de estamparla sin vacilar contra el cráneo de la muchacha. La primera vez, esta rebotó bruscamente, pero luego rompió el hueso con un crujido sordo y lo astilló hundiéndolo en la carne. Una y otra vez, jadeando por el esfuerzo, le aplastó la cara, le rompió los dientes y convirtió los huesos y la carne en un horrendo amasijo.

Después de aquello, ya no era su Naomi.

Usó de nuevo el cuchillo para cortarle los dedos de uno en uno y las palmas hasta que no quedó nada identificable.

Finalmente, usó la ensangrentada pala para cubrirla con los escombros, la arena y los residuos que había acumulado en la zanja. No era un trabajo demasiado bueno. Había sangre por todas partes.

Pero mientras terminaba, al tiempo que se secaba las lágrimas que había derramado en el momento en que ella había pronunciado su nombre sorprendida mientras él le rebanaba el cuello, las primeras gotas de lluvia empezaron a caer de un cielo cada vez más oscuro.

Miércoles, 31 de octubre de 2007

Erin llevaba de pie en el umbral de la puerta casi un minuto. Podía ver su reflejo en el cristal oscuro de la ventana. Continué desplazándome por la hoja de cálculo que tenía en la pantalla, mientras me preguntaba cómo era posible que fuera de noche cuando había venido a trabajar por la mañana y que ya volviera a serlo de nuevo.

—¿Cathy?

Giré la cabeza.

—Perdón —dije—, estaba en otro mundo. ¿Qué?

Ella se recostó contra la puerta con una mano en la cadera y la larga cabellera rojiza estirada hacia atrás con severidad formando un moño.

—Te he preguntado si estás acabando.

—Aún no, ¿por qué?

—No olvides que esta noche es la fiesta de despedida de Emily. Vendrás, ¿no?

Me volví a girar hacia la pantalla.

—La verdad es que no estoy segura, tengo que acabar esto. Tú vete, yo intentaré ir más tarde, si puedo.

—De acuerdo —dijo finalmente. La mujer zapateó de forma ostensible, aunque no hizo demasiado ruido con aquellos tacones.

«Esta noche no», pensé. «Precisamente esta noche no. Ya me va a costar ir a la puñetera fiesta de Navidad, como para salir por ahí para celebrar que alguien se va, alguien a quien apenas conozco. Llevan planeando la fiesta de Navidad desde agosto. Desde mi punto de vista, finales de noviembre es demasiado pronto para una maldita juerga nocturna navideña, pero es la fecha que todos han elegido. No han dejado de ir de fiesta en fiesta desde entonces, y seguirán hasta Navidad. Tarde o temprano, voy a tener que ir si no quiero arriesgarme a escuchar comentarios sobre mí acusándome de no “jugar en equipo”, y Dios sabe que necesito este trabajo».

Cuando la última persona se fue de la oficina, cerré la hoja de cálculo y apagué el ordenador.

Viernes, 31 de octubre de 2003

Viernes por la noche, Halloween. Los bares de la ciudad estaban todos llenos hasta la bandera.

En el Cheshire Armas me tomé una sidra y un vodka y no sé cómo perdí a Claire, a Louise y a Sylvia e hice una nueva amiga llamada Kelly. Kelly había ido a la misma universidad que yo, aunque no me acordaba de ella. Aquello no supuso ningún problema para ninguna de las dos. Kelly iba vestida de bruja sin escoba, enfundada en unos pantis de rayas naranjas y con una peluca negra de nailon, y yo de concubina de Satán, con un vestido rojo de satén entallado y unos zapatos de seda de color rojo cereza que me habían costado más que el vestido. Ya me habían metido mano unas cuantas veces.

En el rincón más oscuro

Una por una, la mayoría de las personas empezaron a irse para coger el bus nocturno, para ponerse en la cola de los taxis o para alejarse tambaleantes del centro de la ciudad en la helada noche. Kelly y yo nos dirigimos al bar River, ya que era el único sitio en el que todavía podrían dejarnos entrar.

— Vas a triunfar con ese vestido, Catherine — dijo Kelly con los dientes castañeteando.

— Joder, eso espero, me ha costado una pasta.

— ¿Crees que habrá algo decente ahí dentro? — preguntó mi nueva amiga, mientras escrutaba esperanzada la concurrida cola.

— Lo dudo. De todos modos, ¿no pasabas de los hombres?

— He dicho que ya no creía en las relaciones. Pero eso no significa que pase del sexo.

Hacía un frío glacial y estaba empezando a lloviznar, el viento esparcía los olores de un viernes por la noche a mi alrededor, levantándome la falda. Me ajusté más la chaqueta y crucé los brazos sobre ella.

Nos dirigimos a la entrada VIP. Recuerdo que me estaba preguntando si sería una buena idea, si no sería mejor dar por terminada la noche, cuando me percaté de que a Kelly ya la habían dejado entrar y me dispuse a seguirla. Un armario empotrado con un traje de color gris marengo me cerró el paso.

Levanté la vista para descubrir un par de increíbles ojos azules y un cabello corto y rubio. No era el tipo de persona con quien te gustaría discutir.

— Espera — dijo la voz y levanté la vista hacia el portero. No era enorme como los otros dos, pero aun así era más alto que yo. Tenía una sonrisa muy bonita.

— Hola — dije—. ¿Puedo entrar con mi amiga?

Se quedó callado un instante y me miró solo durante una décima de segundo más de lo que correspondía.

— Sí — dijo finalmente—. Claro. Es que...

Esperé a que continuara.

— Es que ¿qué?

Eché un vistazo hacia donde el personal de la otra puerta estaba ligando con unas adolescentes que se esforzaban en conseguir entrar por todos los medios.

— Es que, por un momento, no me podía creer que tuviera tanta suerte. Nada más.

Me reí al lado de su mejilla.

— ¿Qué pasa, no ha sido una buena noche?

— Me encantan los vestidos rojos — dijo.

— No creo que este te sirva.

Se echó a reír y apartó la cuerda de terciopelo hacia un lado para dejarme entrar. Noté que me vigilaba mientras dejaba la chaqueta en el guardarropa, volví la cabeza para echar una mirada fortuita hacia la puerta y lo volví a ver, observándome. Le sonreí y subí las escaleras, hacia el bar.

Lo único que me interesaba aquella noche era bailar hasta volverme loca, sonreír y reírme de la gente con mi nueva mejor amiga, bailar con aquel vestido rojo hasta llamar la atención de alguien, de cualquiera y, sobre todo, encontrar algún rincón oscuro en el local para que me follaran contra una pared.

Miércoles, 1 de noviembre de 2007

Me ha llevado mucho, mucho tiempo, salir de casa esta mañana. No fue por el frío, aunque la calefacción del piso tarda una eternidad en hacer efecto. Tampoco fue por la oscuridad. Todos los días estoy en pie antes de las cinco y a esa hora es de noche desde septiembre.

Mi problema no es despertarme, sino salir de casa. Después de ducharme, vestirme y comer algo, comienza el proceso de comprobación de la seguridad del piso antes de irme a trabajar. Es como lo contrario del proceso que llevo a cabo por la noche, pero en cierto modo peor, porque sé que el tiempo corre en mi contra. Puedo pasarme toda la noche comprobando cosas, si me da la gana, pero sé que tengo que irme a trabajar, así que por las mañanas solo puedo hacerlo equis veces. Tengo que dejar las cortinas de la sala y las del comedor, que están a los lados del balcón, abiertas exactamente al ancho correcto cada día o no soy capaz de volver a entrar en casa. Hay dieciséis cristales en cada una de las puertas que dan al jardín y las cortinas tienen que estar abiertas para que se vean exactamente ocho cristales de cada puerta si miro hacia el piso desde el camino de

En el rincón más oscuro

la parte de atrás de la casa. Si veo una rendija del comedor entre los otros cristales o si las cortinas no cuelgan rectas, tengo que volver a subir al piso y empezar de nuevo. Me he vuelto bastante buena en hacer las cosas como es debido, pero aun así me lleva mucho tiempo. Cuanto más meticulosa sea, menos probable será que me encuentre en el camino de la parte de atrás de la casa maldiciendo mi falta de cuidado y mirando el reloj.

Lo de la puerta es especialmente conflictivo. Al menos en mi última casa, aquel diminuto sótano en Kilburn, la puerta de la calle era para mí sola. Ahora tengo que comprobar y volver a comprobar la puerta del piso como es debido seis o doce veces, además de la puerta común del portal.

El piso de Kilburn tenía una entrada principal, pero no había nada en absoluto en la parte de atrás: ni puerta trasera ni ventanas. Era como vivir en una cueva. No tenía ninguna vía de escape, lo que significaba que nunca me había sentido realmente a salvo allí. Aquí las cosas son mucho mejores: tengo unas puertas acristaladas que dan a un pequeño balcón. Justo debajo está el tejado del cobertizo compartido con los otros pisos, aunque no me consta que nadie más lo use. Puedo salir por las puertas acristaladas, saltar al tejado del cobertizo y, desde allí, al campo. Atravesar el jardín y salir por la cancela al callejón de la parte de atrás. Puedo hacerlo en menos de medio minuto.

A veces tengo que regresar y comprobar de nuevo la puerta de casa. Si alguno de los otros inquilinos ha vuelto a cerrar la puerta sin llave, tengo que hacerlo sin remedio. Alguien puede haber entrado.

Esa mañana, por ejemplo, era de las peores.

No solo no habían cerrado con llave la puerta de la entrada, sino que, de hecho, esta estaba ligeramente entreabierta. Extendí el brazo hacia ella y un hombre de traje la empujó hacia mí, sobresaltándome. Detrás de él venía otro hombre más joven, alto, con vaqueros y una sudadera con capucha. Tenía el cabello oscuro y rapado casi al cero, iba sin afeitar y sus ojos verdes reflejaban cansancio. Me sonrió y articuló un «Lo siento», lo cual me sirvió de ayuda.

Los trajes todavía me dan miedo. Intenté no mirar para nada el traje, pero oí que decía mientras subía las escaleras: «Este se acaba de quedar libre, tendrá que decidirse rápido si quiere quedarse con él».

Vale, un agente inmobiliario.

Parecía que al final los estudiantes chinos del piso de arriba habían decidido mudarse. Ya no eran estudiantes, se habían graduado en verano: la fiesta que habían dado había durado toda la noche, mientras yo estaba tumbada en la cama abajo escuchando el sonido de pies marchando escaleras arriba y abajo. La puerta de la entrada había estado cerrada sin echar la llave toda la noche. Yo me atrincheré poniendo la mesa del comedor contra la puerta del piso, pero el ruido me había mantenido despierta y ansiosa.

Observé al segundo hombre, que seguía al trajeado escaleras arriba.

Para mi sorpresa, el tipo de los vaqueros se volvió a medio camino del primer rellano y me dirigió otra sonrisa, esa vez compungida, mientras ponía los ojos en blanco como si ya estuviera harto de la voz del agente inmobiliario. Sentí que me sonrojaba intensamente. Hacía mucho tiempo que no establecía contacto visual con un extraño.

Oí que las pisadas subían hasta el piso de arriba del todo, lo que significaba que habían dejado atrás la puerta de mi casa. Comprobé el reloj: ¡ya eran las ocho y cuarto! No podía irme y dejarlos dentro del edificio.

Cerré la puerta principal con firmeza, eché el cerrojo y comprobé que este había encajado sacudiendo la puerta unas cuantas veces. Con las yemas de los dedos examiné el contorno del marco de la puerta, para ver si esta estaba alineada con el marco. Giré el pomo de la puerta seis veces, para cerciorarme de que estaba bien cerrado. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Luego el cerrojo. Una vez y otra más. Después el marco de la puerta. Finalmente el pomo, seis veces. Sentí el alivio que me invadía cuando hacía todo aquello correctamente.

Acto seguido, subí apresuradamente de nuevo al piso, echando chispas porque aquellos dos idiotas me iban a hacer llegar tarde.

Me senté en el borde de la cama un rato con los ojos levantados hacia el techo, como si pudiera verlos a través del yeso y las vigas. Estuve todo el rato controlándome para no empezar a comprobar de nuevo los cerrojos de las ventanas.

Me concentré en la respiración, con los ojos cerrados, para intentar calmar mi corazón acelerado. Me dije a mí misma que no tar-

En el rincón más oscuro

darían mucho. Él solo estaba mirando. No tardarían mucho. Todo iba bien. El piso era seguro. Estaba a salvo. Lo de antes lo había hecho bien. La puerta de la entrada estaba cerrada con llave. Todo iba bien.

De vez en cuando algún ruidito me sobresaltaba, aunque parecía venir de muy lejos. ¿La puerta de una alacena al golpearse? Tal vez. ¿Y si habían abierto una ventana allá arriba? Podía oír un vago murmullo, demasiado lejano como para poder distinguir las palabras. Me pregunté qué precio pedirían por él: sería mejor estar más arriba. Pero entonces no tendría el balcón. Por mucho que me complaciera estar fuera del alcance de la gente, tener una vía de escape era igual de importante.

Comprobé el reloj: casi las nueve menos cuarto. ¿Qué coño estaban haciendo allá arriba? Cometí el error de mirar hacia la ventana del dormitorio y entonces, por supuesto, me vi en la necesidad de revisarla. Y eso me puso en marcha de nuevo, así que tuve que empezar otra vez con lo de la puerta y estaba en la segunda ronda, de pie en el borde del retrete, tanteando el borde de la ventana de cristal esmerilado que ni siquiera se abría, cuando oí que la puerta de arriba se cerraba y escuché el sonido de pasos fuera, en las escaleras.

—Al menos es una zona muy segura. Se puede dejar el coche en la calle sin problemas.

—Ya, bueno, seguramente vendré en autobús. O usaré la bici.

—Creo que hay un cobertizo comunitario en el jardín; lo comprobaré cuando lleguemos a la oficina.

—Gracias. Pero seguramente la dejaré en el pasillo.

¿En el pasillo? Maldito caradura. Ya era suficientemente desastroso tal y como estaba. Aunque tal vez así habría otra persona que se preocuparía de cerrar con llave la puerta de la entrada.

Acabé la revisión y comprobé la puerta del piso. No estuvo mal. Esperé por ella, por la ansiedad, por la necesidad de dar media vuelta y empezar de nuevo, pero ya estaba bien. Lo había hecho correctamente, y solo dos veces. Lo mejor fue que, esa vez, la puerta de abajo estaba firmemente cerrada, lo que indicaba que el hombre de los vaqueros la había cerrado al salir como era debido. Puede que no fuera un mal inquilino, después de todo.

Eran casi las nueve y media cuando finalmente llegué al metro.

Martes, 11 de noviembre de 2003

Cuando lo vi por segunda vez, el recuerdo que tenía de él se había desvanecido por completo y me quedé mirándolo un momento. Estaba buenísimo y aquella boca sensual me sonaba mucho. ¿Me habría enrollado con él en un bar?

—No te acuerdas de mí —afirmó, claramente contrariado—. Llevabas un vestido rojo. Yo estaba en la puerta del River.

—¡Ah, claro! Lo siento —dije sacudiendo la cabeza como si aquello pudiera hacer que el sentido común acudiera a ella—. No te había reconocido sin el traje. —Aquello me proporcionó una excusa para mirarlo de arriba abajo con aire evaluador. Llevaba pantalones cortos, zapatillas de deporte y una camiseta negra: listo para entrar en el gimnasio, pero muy diferente a como lo había visto la última vez.

—No, bueno, la verdad es que no es muy cómodo para correr.

—Supongo que no.

De pronto me percaté de que seguía mirándole los muslos y me di cuenta de que debía de tener una pinta horrible; acababa de terminar una sesión de una hora en el gimnasio y llevaba el pelo recogido atrás, mechones pegados a las mejillas encendidas y la camiseta sudada. Maravillosa.

—Bueno, me alegro de volver a verte —dijo mientras me miraba de pecho para abajo hasta los dedos de los pies y volvía a subir en una fracción de segundo.

No tenía muy claro si se estaba comportando como un caradura o si se sentía un poco cohibido. Pero lo remató con una sonrisa ligeramente torcida y nada lasciva, aunque muy sexi.

—Sí, y yo. Voy... a darme una ducha.

—Claro. Nos vemos. —Dicho lo cual, dio media vuelta y subió corriendo las escaleras del gimnasio, de dos en dos.

Mientras me duchaba, me sorprendí deseando habérmelo encontrado al entrar también yo en el gimnasio, en lugar de a la salida. Así podríamos haber tenido una conversación como era debido y no habría estado hecha un desastre. Por un momento contemplé la posibilidad de pasarme por la cafetería y esperar a que acabara el entrenamiento. ¿Parecería demasiado obvio? ¿Demasiado desesperado?

En el rincón más oscuro

Bueno, ¿qué podía decir? Había pasado bastante tiempo. Los últimos hombres que me habían gustado habían sido rollos de una noche, a veces estaba casi demasiado borracha para recordar los detalles. No había nada de malo en ello, desde luego, solo me lo estaba pasando bien mientras podía. Ya estaba harta de las relaciones, estaba disfrutando mi soltería y toda esa mierda. Tal vez era el momento de tranquilizarse un poco. Tal vez era el momento de empezar a pensar en el futuro.

Mientras me secaba en el vestuario vacío, de pronto me vino una idea a la cabeza: no podía tener tan mal aspecto, o él no me hubiera reconocido. La última vez que me había visto llevaba puesto un vestido de satén escarlata y el pelo suelto sobre los hombros. Hoy vestía la ropa sudorosa del gimnasio, no iba maquillada y llevaba el pelo recogido atrás... Nada que ver. Y aun así me había reconocido en cuanto levanté la vista: lo vi en sus ojos.

Y había dicho: «Hola otra vez».

Desde aquel día no había vuelto al River, aunque había salido varios días a la semana. El fin de semana pasado había estado visitando a unos amigos en Escocia, un fin de semana agotador durante el cual dormí muy poco, aunque eso no me impidió salir a tomar algo después del trabajo. El viernes acabamos en el Roadhouse, un bar nuevo que habían abierto en Market Square. Estaba a reborar de gente, gracias a las promociones del fin de semana inaugural en el precio de las copas, y tanto Sam como Claire habían ligado con unos tíos a la media hora de llegar. Durante un rato, bailé y bebí, bebí y bailé, sola y contenta mientras me encontraba a gente conocida y hablaba con ella, gritándoles al oído para que me oyeran por encima del ruido. Había algunos tíos buenos, pero no muchos solteros. A los que quedaban los conocía, ya fuera porque había salido con ellos o porque habían salido con alguna de mis amigas.

Ahora ya estaba deseando que llegara el próximo fin de semana. El viernes por la noche pensaba salir con Claire, Louise y su hermana Emma, y después de eso el fin de semana era mío. Mientras sonreía para mis adentros, volví al coche paseando tranquilamente, pensando que tal vez podríamos acabar en el River.

Lunes, 5 de noviembre de 2007

Como salgo tarde de trabajar, me ahorro el momento de mayor aglomeración en el metro. Después de mudarme allí, había cometido el error de intentar cogerlo en hora punta y el pánico empeoraba día tras día. Había demasiadas caras que escrutar, demasiados cuerpos empujando por todos lados. Había demasiados lugares para esconderse y no demasiado espacio para poder huir. Por eso salgo de trabajar tarde, lo que me permite llegar también tarde. No paro de moverme, subo y bajo las escaleras o paseo por el andén hasta el último momento y cuando las puertas ya se están cerrando es cuando subo de un salto al tren. De esa manera sé a ciencia cierta con quién viajo.

Aquella noche me había llevado un buen rato decidir qué camino tomar para volver a casa. Cada día hago rutas diferentes en el metro, me bajo una parada después o una antes, camino un kilómetro y medio más o menos y luego cojo un autobús o vuelvo al metro.

Suelo hacer andando el último kilómetro y medio, tomando diferentes caminos. Hace dos años que me he mudado de Lancaster aquí, y ya me conozco la red de transportes de Londres tan bien como un nativo. Pierdo mucho tiempo y es agotador, pero tampoco tengo prisa por llegar a casa. Y es más seguro.

Desde que me bajé del autobús en Steward Gardens, el camino de vuelta a casa estuvo salpicado de fuegos artificiales. El aire frío y húmedo me trajo su olor acre. Atravesé High Street, rodeé el parque, volví sobre mis pasos y bajé por Lorimer Road. Me metí en el callejón —odio el callejón, aunque al menos está bien iluminado— y salí a la parte de atrás, junto a los garajes. Eché un vistazo por encima del muro: la luz de mi comedor estaba encendida y las cortinas medio cerradas. Conté los dieciséis cristales, ocho en cada puerta, que parecían rectángulos amarillos con pulcros bordes. Las cortinas caían totalmente rectas a cada lado de ellos. No se veía más luz de la debida a través de ellas. Nadie había tocado las cortinas mientras yo no estaba en el piso. Me lo repetí una y otra vez mientras seguía andando. El piso era seguro, no había entrado nadie.

Al final del callejón hice un giro brusco a la izquierda y aparecí junto a la casa, en Talbot Street. Me controlé para no caminar hasta el final de la calle al menos una vez más antes de volver. Esa noche

En el rincón más oscuro

conseguí entrar a la primera. Miré hacia atrás mientras giraba la llave, que llevaba preparada en la mano desde que había salido del autobús. La puerta principal se cerró a mis espaldas. Palpé alrededor del borde de la puerta para comprobar si estaba encajada en el marco, con cuidado de no pasar por alto cualquier protuberancia que pudiera indicar que esta no estuviera debidamente cerrada. La comprobé seis veces, contando cada vez: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Giré el pomo de la puerta seis veces.

En ese preciso instante, la señora Mackenzie abrió la puerta del piso 1, el de abajo del todo.

— ¡Cucú, Cathy! ¿Cómo estás?

— Bien, gracias — respondí, con mi mejor sonrisa —. ¿Y usted?

Ella asintió y se me quedó mirando con la cabeza ladeada durante unos instantes, como tenía por costumbre, y volvió a entrar en casa. Oí que tenía la televisión puesta a todo volumen, como siempre. Las noticias de la noche. Hacía lo mismo todas las tardes. Y ni una sola vez me había preguntado a qué me dedicaba.

Volví a revisar la puerta de nuevo, preguntándome si lo hacía aposta para interrumpirme, a sabiendas de que tendría que volver a empezar de cero. No me importa, siempre y cuando no me bloquee. A veces me pasa. «Así que céntrate en el marco de la puerta, en el pomo, hazlo como es debido, Cathy. No la cagues o estaremos aquí toda la puñetera noche».

Finalmente acabé de comprobar la puerta de entrada. Luego subí las escaleras. Me detuve arriba del todo para cerciorarme. Escuché el silencio de la casa, el ruido de una sirena a unas cuantas calles de distancia, la televisión encendida de uno de los pisos de abajo. Más fuegos artificiales que explotaban muy lejos. Un grito procedente de la calle me hizo contener el aliento, pero inmediatamente después de una voz de hombre se oyó una risa femenina de reproche.

Abrí la puerta del piso, volví la vista de nuevo hacia las escaleras, entré, cerré la puerta y los cerrojos. Pestillo abajo, cadena en el centro, cerrojo arriba. Escuché pegada a la puerta. Nada en absoluto al otro lado. Miré por la mirilla. No había nadie, solo las escaleras, el rellano, la luz del techo. Pasé los dedos por el marco de la puerta, giré el pomo seis veces y volví a empezar, girando el pomo seis veces

más cada vez. Cuando terminara con aquello, podría empezar con el resto del piso.

Lo primero que hacía era comprobar todas las ventanas y cerrar las cortinas, recorriendo el piso siempre en el mismo orden. Primero la ventana de delante, que daba a la calle. Todas las cerraduras eran seguras. Pasé los dedos alrededor del marco de la ventana y solo entonces pude cerrar bien las cortinas para ocultar la oscuridad exterior. Desde la calle nadie podía verme a menos que me pegara al cristal. Reajusté los bordes de las cortinas por si dejaran a la vista parte de la ventana. Luego fui hacia el balcón, hacia las puertas acristaladas. En verano echo un vistazo al jardín y compruebo el muro que lo rodea, pero en esta época del año allá fuera solo hay oscuridad. Comprobé los cerrojos de las puertas del balcón, palpé el marco todo alrededor y giré la manilla seis veces. El pestillo estaba bien cerrado y la manilla traqueteaba, floja. Acto seguido, cerré las gruesas cortinas forradas para ocultar la negrura.

La cocina: aquellas ventanas no abrían, pero las comprobé de todos modos. Bajé la persiana. En la cocina permanecí de pie delante de los cajones durante varios minutos, visualizando el aspecto de su contenido. Cuando abrí el cajón, miré la bandeja: tenedores a la izquierda, cuchillos en el centro, cucharas a la derecha. Cerré el cajón y lo volví a abrir para asegurarme. No cabía duda de que los cuchillos estaban en el centro, los tenedores a la izquierda y las cucharas a la derecha. ¿Cómo lo sabía? Tal vez hubiera hecho algo mal. Abrí de nuevo el cajón, para cerciorarme. Esa vez fue todo bien.

Le tocaba al baño, donde había una ventana muy alta con el cristal esmerilado; aquella tampoco se podía abrir, pero me puse de pie sobre la tapa del retrete, comprobé los bordes igualmente para asegurarme de que estaba bien cerrada y bajé la persiana. Al dormitorio. Allí había unos grandes ventanales que daban al jardín trasero, pero las cortinas ya estaban cerradas, como las había dejado antes de irme a trabajar esa mañana. La habitación estaba en penumbra. Me armé de valor y abrí las cortinas para revisar las ventanas de guillotina. Instalé más cerraduras en esa ventana cuando me mudé, así que me puse a revisarlas todas, girando y volviendo a girar las llaves seis veces para comprobar que eran seguras. A continuación cerré las cortinas y las corrí justo hasta la mitad de cada lado para que no se viera ni un

En el rincón más oscuro

ápice de ventana oscura. Acto seguido, encendí la luz de la mesilla. Me senté unos instantes en el borde de la cama, respirando profundamente, intentando aplacar el pánico, que iba en aumento. A las 7.30 de la tarde echaban un programa que me gustaría ver. El reloj de cabecera decía que eran las 7.27. Quería ir a ver la tele. Pero el pánico seguía allí, a pesar de que razonaba conmigo misma, a pesar de que me decía que ya lo había hecho todo, que había comprobado todas las cosas, que no había nada de qué preocuparse, que el piso era seguro, que me encontraba a salvo, que un día más estaba sana y salva en casa.

Mi corazón continuaba latiendo con fuerza.

Con un suspiro, me levanté de la cama y fui hacia la puerta de la entrada, para volver a empezar todo de nuevo.

Aquello no podía seguir así. Habían pasado más de tres años. Tenía que acabar, *tenía* que acabar.

Esa vez repetí todo el ritual de revisión de la puerta doce veces, antes de pasar a la ventana de la parte delantera.

Domingo, 16 de noviembre de 2003

Al final no fue en el River, sino otra vez en el gimnasio.

El viernes por la noche había sido un poco patético, la verdad. Demasiadas noches seguidas saliendo sin tiempo para recuperarme. Todo aquello me estaba pasando factura y me sentía cansada, irracionalmente abatida y en absoluto dispuesta a ir a la caza de porteros sexis. Después de tres copas en el Pitcher and Piano y otras dos en el Queen's Head, ya no podía más. Sam me miró como si estuviera bromeando cuando le dije que me iba a casa. El sábado lo pasé recuperándome, viendo películas en el sofá.

El domingo por la mañana me levanté a las diez y, por primera vez en semanas, me sentía como nueva. Allá fuera brillaba el sol y el aire era fresco y vigorizante, perfecto para ir a correr. Eso sería lo que haría, luego iría a comprar algo de comida sana y me acostaría temprano.

Unos cuantos pasos sobre el pavimento helado echaron por tierra aquel plan. Así que metí ropa limpia en la bolsa y conduje cuatro kilómetros hasta el gimnasio.